



**PREGÓN**  
**SEMANA SANTA**  
**GUADALCANAL**  
**AÑO 1992**

**JOSÉ FERNANDO**  
**TITOS ALFARO**

## PRESENTACIÓN DEL PREGONERO POR CARLOS UGÍA MILLÁN

Alabado sea el Señor.

Hoy al igual que el canto de las aves y el olor y color delicado de las flores, nos anuncian la llegada de la primavera, el Pregón, nuestro Pregón de Semana Santa, nos invita a vivir y participar de esos momentos apoteósicos que se van a producir en nuestra Semana Mayor.

En esta Guadalcanal Cristiana, hay en el aire una mezcla de olores, de sabores, de ruidos armoniosos, de tintinemos y ritmos.

Una carga de sentimientos profundos que siempre pone en marcha los resortes de la memoria y la tradición, para evocar un tiempo pasado, que retorna con la misma fe, la misma esperanza y el mismo amor, cada año en primavera.

Guadalcanal se prepara a recibir su Semana Santa, que pasea ufana y a sus anchas, por unas calles abiertas a la entrega tranquila y sosegada del hombre.

A revivir esas tradiciones, que lejos de olvidarse, se expanden por el alma de aquellos que un día tuvieron y tuvimos la suerte de formar parte de esta gran familia que es Guadalcanal.

Por eso no es casualidad que hoy me encuentre de nuevo aquí ante vosotros. Si mi gran satisfacción fue decir el Pregón el año anterior, no es menos, la ilusión y el honor que tengo hoy, de presentaros al Pregonero de este año.

Y es que hay personas, que lejos de olvidarse de la fe en Cristo, y de los recuerdos más amados, los llevan profundamente día a día en el interior de su corazón.

Granadino de nacimiento, don **José Titos Alfaro**, nuestro Pregonero de este año, siente desde muy joven la necesidad de ayudar y ser útil a los demás, no en vano se decide a cursar sus estudios y formarse como profesor de enseñanza.

Fue aquí en Guadalcanal, -su querida Guadalcanal, como más de una vez ha dicho- donde empezó prácticamente a ejercer su profesión, calando tan profundamente en la gente de nuestro pueblo, que después de tantos años de ausencia, hasta los más

jóvenes -incluso sin haberlo conocido- han hablado alguna vez de él.

Corría el año 1962, cuando Don José Titos Alfaro, llega a Guadalcanal; como compañero de viaje, una maleta repleta de libros, esperanza y muchas ilusiones.

Bastaría pocos días para verle rodeado de sus alumnos, compartiendo con ellos alegrías y penas, demostrando ese amor hacia el prójimo que solo Dios sabe y puede otorgar al hombre.

Guadalcanal fue testigo de uno de los momentos más felices de su vida, al contraer matrimonio con Pepita -su esposa- y quiso Dios y María Santísima de Guaditoca, que dos de sus cuatro hijos, tuvieran por cuna Guadalcanal.

Fue tanta la fuerza emocional, el sentimiento de arraigo tan profundo hacia esta tierra, que el Pregonero ni pudo ni quiso privarse de sacar a la superficie sus ilusiones creadoras más profundas.

Recordar, los años que con ese derroche de generosidad se encargaba de preparar a los niños, para hacernos más dulce la Navidad, con sus villancicos.

O aquél fabuloso grupo de campanilleros -con el que tanto tuvo que ver- y que nos deleitaban con sus preciosas canciones.

Y por qué no, resaltar la virtud que Dios puso en sus manos, para escribir aquellas rimas que componían su obra de teatro llamada "Misericordia" o los esplendidos artículos que año tras año, ha escrito para nuestra Revista local.

Esa capacidad humana vivida con tanta inquietud, ha hecho que el Pregonero merezca por méritos propios el galardón de

la amistad

del respeto

y del cariño de todos los que le conocemos en sus virtudes, y que hoy, con el corazón en la mano, le damos la bienvenida.

Hoy después de tantos años, usted volverá a ser nuestro querido maestro, que, desde esta tribuna, donde Guadalcanal se sentirá orgullosa de escucharle, evocará con la poesía y la oración, los sentimientos más puros vividos en la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Hoy su pregón será como fuente que alivie la sed espiritual y fortalezca nuestras almas.

Será el alimento cristiano que ofrecido con el amor y el cariño con el que usted ha sabido darlo todo, alimentará nuestra fe, hacia Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen.

Será el sentimiento llevado a la palabra, de un hombre bueno y cristiano, que, acogido bajo la fe de nuestros Cristos y Nuestras Vírgenes, pone de manifiesto una vez más, el amor que siempre sintió por estas tierras y sus gentes.

Gracias don José, y que Dios premie a usted y a los suyos en fe y vida en gratitud, por tanta entrega y bondad, demostrada en esta Guadalcanal, que hoy se siente orgullosa de tenerle como guía y portavoz de nuestra Semana Santa.

Mi voz se alza para manifestar el sentimiento más profundo hacia usted de todos y cada uno de los que nos encontramos en esta Santa Casa de Dios, y convocarle a Pregonero.

¡¡Adelante don José, suya es la palabra!!



- Reverendo Cura Párroco: Don Antonio Martín Méndez
- Hermanos Mayores y Junta de Gobierno
- Dignísimas Autoridades
- Hermanos todos de las distintas Cofradías
- Queridos Guadalcanalenses

**M**i más sincero y sentido agradecimiento, mi muy estimado ex-alumno, Carlos Ugía, por la Presentación que de mí has hecho, en la que, sin duda alguna, te has dejado llevar por tu corazón de Alumno agradecido.

Yo -mi palabra de honor- no merezco tanto. ¡Muchas gracias!

# I " PREGÓN "

## JUSTIFICACIÓN

Para hablar de Guadalcanal, por ser este un pueblo nacido para la belleza, hay que tener necesariamente alma de artista.

Ahora bien si -como en el caso que nos ocupa- es para expresar sus sentimientos más sublimes... quiero decir, para cincelar con cierta dignidad cómo los hijos de este bendito pueblo sienten, anhelan, lloran, aman y veneran la conmemoración de La Pasión y Muerte de Cristo, entonces todas las estéticas evasiones del más inspirado de los artistas, nos resultarían casi grotescas ante la autenticidad de los inefables aromas, que de los corazones de los Guadalcanalenses suelen brotar, por obra y gracia de su Amor a Dios y a la Santísima Madre de Dios de los hombres.

Y es por eso, por lo que entonces lo único que podría proceder, serían los Poemas -tan divinos siempre- del más excelso de los Poetas místicos y en los labios de los Ángeles.

Porque este bendito pueblo,  
está encumbrado en La Sierra,  
como el que levanta vuelo,  
para escapar de la Tierra,  
y estar más cerca del Cielo.

¿Cómo yo pues, que en esto del "arte del bien decir" no me ando muy sobrado, y que, por otra parte, en eso otro de la sublime lírica de los Místicos, tan ni siquiera me encuentro con la suficiente capacidad para degustar de la divina hermosura de su belleza -por ser la belleza del mismo Dios- me he aventurado en este prodigio que sería esculpir con mi débil pluma los sentimientos de Fe y Amor, que en las almas de los hijos de este tan dilecto pueblo por mi, suelen centellear, que no sólo emanar, ante ese Inmaculado Jazmín del alba, por ejemplo, que Guadalcanal llama Nuestra Señora de la Paz; o, por ejemplo, ante ese Lirio Dolorido, que parece brotar de las recias entrañas de la "peña" en la que está sentado; o ante esa flor Virginal, que es La Esperanza, que, por "flor", es la dulzura, y que, por "virginal" es toda la pureza que fuera capaz de crear el Corazón de Dios; o ante ese Divino Clavel ensangrentado de Cristo amarrado a la Columna, que por Amor a los hombres, tuvo como anhelo enrojecerse con su propia sangre para ser más Divino Clavel, si es que Clavel más Divino podía ser; o ante esa Rosa sin mácula de Nuestra Señora de la Amargura, en cuyos ojos, un tanto paradójicamente, parece transparentarse la más dulce de las sonrisas, como si bajo ella quisiera disimular su amarga pena

ante unos hijos que sufren porque Ella sufre; o ante ese inhiesto Mártir de Jesús Nazareno, en cuyo rostro de Dios martirizado centellea el Amar con la nitidez de un lucero matinal, en tanto que de sus labias parece brotar el perdón con la transparencia del agua de un cristalino manantial; o ante esa "Azucena del barrio de la Concepción". como un inspirado Pregonero llamara a Nuestra Señora de los Dolores, y a la que "Madre por excelencia" -llamo yo- precisamente porque es la Virgen del Dolor, ya que una madre es "dolor", por eso precisamente porque es madre, es decir, "amor"; o ante ese Santísimo Cristo de las Aguas, al que parece haberle reventado el costado, como si en su corazón, aunque de infinita grandeza, no pudiera caber ya ni una sola gota más de Amor; o ante ese Divino Cristo Yacente en el Santo Sepulcro, que, por dulce y sereno, parece estar dormido, que no muerto; o, en fin, ante esa, dulcísima Madre de la Soledad, cuyo nombre debe ser un espejismo, ya que Madre tan dulce, y aún menos en su dolor, puede encontrarse jamás "sola" en Guadalcanal de la Sierra.

Decía pues que, ¿cómo me había aventurado a esculpir tanto fervor, tanto sentimiento y tanta belleza, no andando muy sobrado en eso de los recursos literarios...?

¡Una temeridad por mi parte, sin duda alguna! Pero no, porque yo sabia, estaba totalmente seguro de ello, que esa bellísima "Paloma" que anida allá por los bucólicos parajes de Guaditoca, supliría mis limitaciones con su ayuda de Madre Amantísima. Y es que yo -¡Bendita suerte la mía!- la llevo en lo más profundo de mi ser todo, puesto que, aunque un tanto apátrida -venido de allá de tierras granadinas- mi Madre la considero, ya que Ella, ha tiempo, me adoptara como un hijo más de este su entrañable pueblo de Guadalcanal de la Sierra.

Llegué de "desconocío",  
en un ya lejano día,  
y le dije: "Madre mía"\*  
y Ella me dijo: "Hijo mío".  
¡Que así es Ella de "cumplía"!

Por eso me aventuré en este Pregón, y a él me lancé a corazón descubierto, o sea, desnudo de sofisticados adornos o engañosos cosméticos...despojado de ritos, reticencias y estafas. Que en un "canto de Amor y Agradecimiento", tales falsedades sólo podrían sanar con las siempre odiosas estridencias de un sacrilegio.

Prometo pues que mi corazón de hombre agradecido a este pueblo, cuna sacrosanta, por otra parte, de dos de mis hijos, palpitará desnudo de toda afectación ya que, como tal, es cosa que jamás puede ser sentida. Por lo que quisiera -y así se lo pido a Cristo en su Pasión y a la Santísima Virgen en su

dolor- que la sencillez, la naturalidad, la sinceridad, el afecto -en una palabra- que siempre sentí por Guadalcanal sean las notas predominantes de mi Pregón, que no por humildes, tienen necesariamente que dejar de ser sublimes.

Y es que yo...os lo confieso:

Poeta no fui jamás,  
porque así yo no naciera,  
pero sí nací "juglar",  
porque me gusta jugar  
con el verso a mi manera.

Y en este sencillo estilo,  
por auténtico y sincero,  
quisiera este Pregonero,  
hablaros como un amigo,  
que tanto debe a este pueblo.

Que cuando habla el corazón,  
sobra toda galanura,  
y por eso la hermosura,  
que impregne nuestro Pregón,  
deseo que sea la ternura

que anidar debe por fuerza,  
en un pecho agradecido,  
que como hermano y amigo,  
viene con toda firmeza,  
a pregonar vuestra Fe,  
vuestro Amor y vuestra Raza,  
y hasta esa preciosa "gracia",  
que de Andalucía se ve  
en vuestra Semana Santa.

Que aquí parece que Dios,  
viendo tan tersa belleza,  
tanto cariño y ternura,  
tanto anhelo, tanto Amor,  
y tantísima nobleza,  
quiso amorosa habitar  
en este bendito pueblo.

¿Qué es lo que decir yo quiero...?  
¡Que Dios en Guadalcanal,  
se encuentra como en el Cielo!

## II

# DOMINGO DE RAMOS

Guadalcanal, por estar en un paso abierto entre Andalucía y Extremadura, tiene el alma forjada -dicen- tanto por la rancia reciedumbre, austeridad y arrojo de los Conquistadores Extremeños, como por la sobria sensibilidad e inimitable gracia del talante de Andalucía.

Puede ser, pero de lo que no cabe la menor duda es que en lo que si está forjada esa su Alma es en la Fe de Cristo Dios, por lo que El Amor y La Esperanza están arraigadas en su corazón como lo están en las entrañas de sus bravías sierras la agreste belleza de su floresta.

Y ahí están las seculares espadañas y campanarios de sus iglesias, Conventos, Capillas y Ermitas -cierto que mucho más numerosas en otrora- a guisa de inhiestos centinelas, como testigos insobornables de su Cristianismo.

Y yo me pregunto ahora:

¿Teniendo Cristo tan singular escenario para la Conmemoración de su Pasión y Muerte, se le puede achacar al Pregonero que, cuando poetizara aquello de que Cristo-Dios se siente en Guadalcanal como en el Cielo, no pasara de ser una simple "figura literaria" más o menos acertada....? ¡No! ¡Por descontado que no, porque es que además de que los hijos de este pueblo amen con tanto primor a Dios y a sus cosas, Guadalcanal de la Sierra, por ser un pueblo nacido para la belleza -como ya dijera -es un rincón del Paraíso!

Domingo de Ramos en Guadalcanal, pórtico glorioso del drama del Calvario. Y los hijos de Guadalcanal que saben que, aunque en él hay derramamiento de sangre, la de un "Inocente", la del Mártir de los Mártires, no pueden olvidar tampoco que esa sangre divina, por ser la sangre de Dios hecho hombre por Amor a los hombres, iba a traer la luz, la esperanza y la salvación de la Humanidad. Y por eso, visten su pueblo de gala, adornando sus calles con lo más entrañable, con lo más dulcemente entrañable, que anidar puede en el corazón del hombre; con sus niños, para que, con esa ternura e inocencia con que los niños saben sentir y manifestar las cosas, vitoreen a ese Dios que, a pesar de su infinita grandeza, cabalga humilde y sencillo, profundamente humano -diría yo- sobre una borriquilla.

"Salieron al encuentro de Jesús de Nazaret, que iba a lomos de una borriquilla, y, agitando ramos de olivo en sus manos, clamaban sin cesar; ¡Hosanna, el Hijo de David!

Así es cómo nos describen los Santos Evangelios la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Y he aquí, que los niños de Guadalcanal, que por niños, son los ángeles de la Tierra, ahí están engalanando el Domingo de Ramos, vestidos con lo más hermoso de sus ingenuas almas: con la inocencia, reflejada en esas sus túnicas blancas y sus capillos celestes, para aclamar también, como en aquel entonces los niños de Jerusalén, al Rey de Reyes.

Y Cristo, entre tanto, ¿cómo no? exultante de gozo, viendo cómo también en la Tierra, que no sólo en el Cielo, hay ángeles que le aman con la ternura que estos ángeles, que paren las hijas de los hombres, saben amar.

¡"Dejad que los niños se acerquen a mí"! Exclama Cristo a su vez, como enloquecido por el candoroso Amor de los niños.

Y, entre tanto, los bucólicos como montaraces campos de Guadalcanal, en los que ya aletean los primores de la primavera, como confabulados con tan triunfal y jubiloso recibimiento de Cristo, perfumando los horizontes azulados con ese inefable aroma a jara, tomillo y romero, al tiempo que se engalana celoso de policromas florecillas silvestres, y siempre con el dulcísimo y evocador fondo musical de esa sugestiva pastoral del campestre gorjeo de los pajarines en celo.

¡Qué felizmente gozoso se debe sentir "El Cristo del Amor", rodeado de los niños de Guadalcanal, en este incomparable valle, tan celosamente cercado por las Sierras del Viento y del Agua!

¿"El Cristo del Amor" he dicho...?

Sí, "El Cristo del Amor". Y es que este "Cristo" no podía llamarse de otra manera. Es el Cristo de los niños, y los niños si no son Amor ¿qué son entonces...? Pero es que además, no podemos olvidar que esta Cofradía fue creada por un hombre que por ser Sacerdote, es "otro Cristo". No lo digo yo. Lo dice San Pablo. Y por ser otro Cristo, su vida no tendría sentido ni razón de ser, sin ser una inmolación permanente en el más puro holocausto de Amor. ¡Que Dios te bendiga Padre Antonio Martín Méndez!

Por razones obvias, el Domingo de Ramos de Guadalcanal tiene que impactar en mi ser todo de una manera especialmente entrañable y conmovedora.

¡Qué de añoranzas, qué de dulces recuerdos trae a mi corazón! ¡Qué de entrañables evocaciones! ¡Ay, los niños de Guadalcanal entre los que yo enterrara los años más felices y emprendedores de mi juventud! Solo acariciarlos levemente en el recuerdo, se me estremecen todas y cada una de las células de mí cuerpo. Por supuesto que las de mí alma aún más.

¡Cristo bendito del Amor, yo Maestro como Tú, aunque no sea digno ni de besar las suelas de tus sandalias, he podido sentir en mis propias carnes como Tú,

lo hermoso y emotivo, lo indescriptiblemente hermoso y emotivo, que es verse querido y aclamado por los niños de Guadalcanal de la Sierra ¿Y verdad Santísimo Cristo del Amor, que es algo realmente impresionante...?

¡Bendice, Cristo del Amor, a aquellos niños, hoy hombres ya, que, por haber sido tan bien nacidos, fueron tan agradecidos!

Agradecimiento este que toma una especial dimensión, puesto que lo que yo hiciera por ellos, más que de una devoción, se trataba de una obligación. Y las obligaciones no se agradecen, sino que se exigen. Pero así es esta buena gente, Cristo del Amor, por ser gente tan buena, que hasta lo que les pertenece por estricta justicia, te lo piden con Amor y por Amor, y después te lo agradecen.

Y como para muestra -según el dicho popular- bien vale un botón. Recuerdo que uno de estos niños, alumno mío, huérfano de padre y bajo la precaria providencia de una madre, pobre de solemnidad, se me presentó en una de mis onomásticas con un paquetillo de "Ducados", como cariñoso presenta para su Maestro. Paquetillo de tabaco que, por aquel entonces -quiero recordar- costaba unas ocho o nueve pesetas. Cantidad que el agradecido chavalín tardó en recaudar todo un día, yendo como un mendigo pordiosero, de puerta en puerta, pidiendo una limosnita por Dios.

Aquel paquete de "Ducados" se guardó como una sacrosanta reliquia, ante la que, más de una vez, he tenido que caer de rodillas en devotísima oración.

Y es que así es Guadalcanal,  
pueblo por mi tan querido,  
que por ser tan bien nacido,  
es así, fue y siempre será  
de bueno y de agradecido.

No pedí agradecimientos,  
ya que era mi obligación,  
pero es tal el corazón,  
y tales los sentimientos,  
y tal es la devoción,  
de este rincón de La Sierra...  
que viendo tal maravilla,  
hay que doblar la rodilla  
con amor en esta tierra  
de La Sierra de Sevilla.

¡Muchísimas gracias, el,  
Alumnos míos, niños todos,

ya que siempre vuestros ojos  
reflejaron hacia mí,  
gestos tan grandes y hermosos!

Gestos que por anidar  
en vuestras almas de Dios,  
tan llenos están de Amor.  
¡Que sois de Guadalcanal,  
orgullo, pasión y honor!

He querido evocar tan sublime gesto -tan sublime, si, a pesar de su aparente sencillez- porque del corazón de un niño de Guadalcanal brotó, y era de los niños de Guadalcanal precisamente de los que estábamos hablando.

Decía yo que "El Cristo del Amor", siendo El Cristo de los niños, no podía llamarse de otra manera, puesto que si los niños no eran Amor... ¿qué eran entonces...? Pues si es verdad eso de "la muestra y el botón", creo que ya podemos ir sacando nuestras propias conclusiones.

Domingo de Ramos en Guadalcanal, pórtico glorioso -vuelvo a repetir- del cruento drama de la Pasión y Muerte de Jesús de Nazaret. Y porque su desenlace será el triunfo de la Vida sobre la Muerte, de la Luz sobre las Tinieblas y de la Esperanza sobre la Desesperanza, este pueblo se viste de gloria con sus niños en vanguardia, para aclamar al Rey de Reyes, que ¿quién lo diría? cabalga por sus calles sobre una humilde borriquilla.

Y tras Él, como expectante vigía de Amor, Nuestra Señora del Rosario y de la Palma, como esplendorosa flor que brota en la plenitud de una luminosa primavera.

Ella sabe muy bien que el Viernes Santo está ahí, a la vuelta de la esquina, y que la trágica muerte que su Divino Hijo va a padecer de forma tan humillante y violenta, ya es algo irreversible. Sin embargo, parece como si su rostro bendito de Madre amantísima se tornara, por el desbordado cariño de los niños de Guadalcanal, en esa su cara de Virgen radiante de gloria.

Cierto si, Madre de Dios,  
en El Domingo de Ramos,  
en este pueblo anhelamos  
que olvides, si, tu dolor,  
viéndonos cómo aclamamos,  
viéndonos cómo queremos,  
viéndonos cómo exaltamos  
a tu hijo, al que tanto amamos,

al que en el alma tenemos,  
como el Rey que proclamamos.

Madre nuestra del Rosario,  
Virgen Santa de la Palma,  
anhelamos con el alma,  
que te olvides del Calvario,  
que en la más dulce calma,  
mires a estos querubines,  
niños de Guadalcanal,  
que no se cansan de amar,  
como cándidos jazmines,  
llenos de felicidad,

a Cristo, a ese Dios-Hombre,  
a Jesús, a ese Hombre-Dios,  
que aquí lleva ¿cómo no?  
por sacratísimo nombre:  
Nuestro Cristo del Amor.

### III

#### “MIÉRCOLES SANTO”

Y después de que Jesús de Nazaret, bajo el lírico apelativo de "El Cristo del Amor", haya recorrido triunfalmente las calles de esta "Jerusalén" en que, en un admirable prodigio de gracia, se transfigura Guadalcanal de la Sierra en Domingo de Ramos, vuelve a florecer de nuevo en esas mismas calles, como a la querencia de tanto cariño y devoción, bajo la vespertina luz del Miércoles Santo. Y ahí está puntual a la cita El Cristo de la Humildad y Paciencia como un clavel abatido, que brotara de las pétreas entrañas de la Peña en la que aparece sentado.

¿..."como un clavel abatido" he dicho? ¿...El Santísimo Cristo sentado en la Peña como "un clavel abatido"...?

¡No, Cristo de la Humildad  
y Paciencia ahí en la Peña!  
Perdóname mi torpeza,  
que es tanta tu dignidad,  
y tan grande tu realeza,  
que muy lejos de "abatido",  
erguido Clavel Tú eres,

que la pena que Tú tienes,  
y estando tan dolorido,  
con dulzura la mantienes,  
  
y con toda la armonía,  
del que es todo Santidad,  
que es como en Guadalcanal,  
brotas Tú al caer el día,  
Cristo mío de la Humildad.

Pero si Él, Santísimo Cristo de la Peña pasea ante sus hijos la impresionante dignidad de un Dios que tiene que sufrir la denigrante humillación de verse conducido como un perverso malhechor, por la soldadesca romana y algún que otro mercenario sayón, ¿qué es lo que pasea por las calles de Guadalcanal, en la tarde del Miércoles Santo, La Santísima Virgen de la Paz...? Desde luego que el dolor y la pena de una Madre transida, no. Y es que es tal su belleza, su traslúcida belleza, que el dolor que anida en su corazón de Madre amantísima, al aflorar a sus bellísimos ojos, por desbordarse en ellos la pureza y la gracia, parece como si su dolor quedara difuminado bajo un suave velo de tul, para que en su rostro resplandezca, aún más, la "Gracia de Dios", que es su luminosa armonía, y la "gracia de Andalucía", que su primorosa belleza de querubín desterrado del Cielo. Y es que el bellísimo rostro de Nuestra Señora de la Paz, por lo que de poesía tiene, no parece sino que fuera esculpido por los querubines....

Porque tus ojos exhalan  
suave perfume de azahar...  
Porque tus labios de Virgen  
derraman virginidad...  
Porque tu rostro de Madre,  
es el Amor maternal...  
Porque la Gracia del Cielo,  
te llena a no poder más...  
Porque en TI tanta hermosura,  
Santa Madre de la Paz,  
siempre tuvo enloquecido  
a todo Guadalcanal.

Es la "Cofradía de los Costaleros", y vosotros porque habéis vivido desde vuestra más tierna infancia, el insondable amor de estos hombres, altares vivientes de Dios, hecho hombre, y de su Madre Santísima, tal vez no lleguéis a comprender del todo la tremenda conmoción que yo sufriera al verles por primera vez, ya mayor, ya que llegado de otros lares de vivencias muy distintas

bajo este aspecto, ni a soñar que me hubiera puesto, hubiera podido ni vislumbrar este milagro, tan lleno de gracia, al que es capaz de llegar el corazón del hombre que ama a Dios.

Así pues, os tengo que confesar que eso de la "levantá" y para qué decir eso otro del estético como estremecedor vaivén con que mecen los Pasos estos hombres, me impresionó de tal manera, que mi ser todo de creyente se vio sacudido como por un violento vendaval.

¡Qué inmensamente grande debe ser el corazón de un Costalero para poder realizar estos auténticas prodigios de primorosa ternura! Y es que el Amor, siempre que sea presidido por Dios, puede con todo. Hasta con el mismo Dios, siendo como es "El Omnipotente y El Creador del Universo". ¿Verdad que el, mi muy estimado Paco Ortiz...?

¡Claro que sí!

Por eso, permíteme que me tome la libertad para darte unos consejos, puesto que Capataz eres de uno de estos ramilletes de "poetas" de la estética con Dios sobre sus hombros, que quisiera, así mismo, hicieras extensivos a todos los demás Capataces.

Consejos que quisiera que brotaran de mis labios, imaginándote Capataz, que no Hermano Mayor, de esta tu Cofradía: La de los Costaleros.

Permíteme, Capataz,  
que el que fuera tu Maestro,  
desde aquí te pida un gesto  
de cristiana caridad,  
para el que te quiero presto.

Cuando tú, con ese Amor,  
que en si tiene un Capataz,  
mandes una "levantá",  
mira a los Cielos de Dios,  
que cubren Guadalcanal.

Y dile a tus Costaleros:  
¡Al Cielo, hermanos, con El!  
¡Hasta allí, si puede ser,  
que allá sobre los luceros,  
os quiere verle mecer....  
"uno" de los Costaleros,  
que al Cielo ya se marchó!  
¡Que a Jesús, Dios se llevó,

para tenerlo en los Cielos,  
por lo mucho que le amó!  
Y a los que mecen "La Paz",  
-nombre que lleva tu madre-  
diles, Paco, de mi parte,  
que al hacer la "levantá",  
piensen que también tu padre,  
y, junto a él, muchos más,  
*que gozan ya de los Cielos,*  
*esperan con mil anhelos,*  
ver a sus Pasos pasar,  
que mezan los Costaleros,  
de aquí de Guadalcanal.

¡Qué bien comprende Guadalcanal que cada uno de sus Costaleros es un Acto viviente de fe, un Acto viviente de Esperanza, un Acto viviente de Amor, y por eso, a una de sus Cofradías le llama "la de Los Costaleros"!

No lo sé con certeza, pero estoy por decir que quizás sea el único caso en la Historia Universal de las Cofradías. De lo que si estoy seguro es de que este nombre, este reconocimiento a guisa de sincero homenaje al Amor de estos recios hombres, es clamorosa causa para que El Cristo de la Humildad, -"de la Humildad." tenía que ser precisamente- se sienta pletórico de Santo Orgullo y Satisfacción. ¡Que para sentirse más que orgulloso es que su Cofradía lleve por nombre "La de los Costaleros!"

Y de ahí también que la Santísima Virgen de la Paz renazca en las calles de Guadalcanal de la Sierra, cada año por primavera, en la tarde del Miércoles Santo, como vespertina estrella que irradia pureza en un cielo sin mácula.

Y de ahí también que sus lágrimas, más que brotar de unos ojos transidos de dolor y de pena, parezcan brotar de unos ojos enardecidos, al sentirse tan dulcemente acunada sobre los jóvenes corazones, que no sólo sobre los descarnados hombros, de unos hijos que la idolatran.

Por eso, este humilde Pregonero de vuestra Semana Santa, tiene necesariamente que arrodillarse ante estos hermanos de corazón tan grande, y rendirles pleitesía.

¡Todos por igual! -Grita el Capataz-. Y... ¡a todos por igual! exclama este Pregonero en este mi fraterno y emotivo reconocimiento de admiración: A los del Cristo del Amor y a los de Nuestra Señora del Rosario y de la Palma, en Domingo de Ramos; a los del Cristo de la Humildad y Paciencia, sentado en la Peña, y a los

de Nuestra Señora de la Paz, en Miércoles Santo; a los del Cristo de la Sangre, amarrado a la Columna, y a los de Nuestra Señora de la Esperanza, en Jueves Santo; a los de Nuestro Padre Jesús Nazareno y a los de Nuestra Señora de la Amargura, en la madrugada del Viernes Santo; a los del Cristo de las Aguas y a los de Nuestra Señora de los Dolores, en la plenitud del Viernes Santo; a los del Santísimo Cristo en el Santo Sepulcro y a los de Nuestra Santísima Madre de la Soledad, en la tarde del Viernes Santo... ¡A todos sin excepción, y a todos por igual!

Costalero, con ternura...  
Anda con mimo y primor,  
que eres el Altar de Dios,  
y de esa Flor de Amargura,  
que hace enloquecer de Amor.

Pisa con delicadeza,  
que va Cristo muy herido,  
y aunque jamás dio un quejido  
rozar no debe a su Alteza,  
ni los pétalos de un lirio.

Pasos dulces, Costalero,  
con ternura angelical,  
que eres el Divino Altar  
de un Dios que dejó allá el Cielo,  
para en tus hombros soñar.

Mece, si, a Cristo Jesús.  
Mece a la Madre también,  
pero que tal sea el vaivén,  
que en vez de sentir la Cruz,  
se sientan como en Belén.

#### IV JUEVES SANTO

¡Qué impresionantes, qué bellamente impresionantes las calles de Guadalcanal, cuando a esto del atardecer del Jueves Santo, la luz de su transparente cielo, por vespertina, se torna dulcemente moribunda! Como la de las Catedrales Románicas. Y como conjurándose con el recogimiento y la oración de estos tan devotos creyentes, cuyos corazones se van acelerando progresivamente en emotividad, conforme se van adentrando en la Pasión y Muerte de Cristo.

¡Qué bello y qué impresionante el atardecer de Guadalcanal en Jueves Santo! Y es que, en tanto su cielo se adormece dulcísicamente, sus calles, como por un inefable milagro, se convierten en un vergel de rojos claveles con esa bella pincelada del verde esperanza de sus ángulos y capas, amén de ese toque tan significativo del negro luto de sus capillos. Y en este tan sugestivo marco es en el que los hijos de Guadalcanal vuelven a vibrar en devota y emotiva oración de la mano de esa arraiga familia de "Los Rius", y en torno al Santísimo Cristo de la Sangre amarrado a la Columna, y en torno ¿cómo no? a su amantísima Madre, Nuestra Señora de la Esperanza.

Jueves Santo, día en que Cristo-Dios se quedará con nosotros para siempre por Amor, por lo que, al aparecer en Guadalcanal amarrado a una Columna, parece como si quisiera demostrarnos de una forma especial, este su divino como esperanzador mensaje de quedarse entre los hombres y con los hombres para siempre por Amor y sólo por Amor. Y por eso, así "amarrado", recorre sus calles, todas sus calles prácticamente: La Herrería, López de Ayala, Ramón y Cajal, Granillos, Santa Ana, Aranda, Costaleros, Antonio Machado, Nuestra Señora de Guaditoca, Calvo Sotelo, Santiago... todas, como anhelando que no quede ni el más recóndito rincón, que no reciba esta "buena nueva" de tantísima trascendencia para la Humanidad.

¡Cristo bendito de la Sangre!, ¿qué es lo que Tú le quieres comunicar a Guadalcanal, precisamente el "Día del Amor Fraternal", Jueves Santo, paseando por sus calles amarrado a una columna...?

Y me parece vislumbrar en sus divinos labios una plegaria, engarzada en un suspiro de infinita ternura.

¡Nunca os dejaré, jamás!  
Lo prometí en Jueves Santo.  
Y es que al hombre yo amo tanto,  
que allá donde haya un Altar,  
siempre le estaré esperando.  
  
Y por eso estoy así.  
Por si alguna vez tentado  
fuera a marcharme de aquí,  
por Amor yo me he amarrado,  
para no poder huir.

¿Cabe más Amor -"Amor" con gigantes mayúsculas siempre en un Dios que se destierra del Cielo para vivir para siempre entre los hombres...? ¿Y tengo yo la osadía de preguntarlo...? Pues ahí lo tenéis, porque ese Dios desterrado del Cielo por Amor, es ese Divino Cristo de la Sangre amarrado a la Columna. Y por si aún

fuera poco, a su lado La Santísima Virgen de la Esperanza. ¡casi ná!, que diría un castizo.

¡Qué de sublimes anhelos arrastra tras de sí esta bellísima flor del valle de Guadalcanal, a la que ha puesto por nombre "Nuestra Señora de la Esperanza"!

¡Esperanza! ¡Madre de la Esperanza! ¡Qué nombre más hermoso y más enternecedor! Y es que Guadalcanal sabe que hoy, por reinar sobre el corazón de la Humanidad, cada día más y más, el Escepticismo y el Materialismo, el hombre se ve, así mismo, cada vez más y más asfixiado por el desaliento, por el desconsuelo, por el desamor y la desesperanza, y así, en la tarde del Jueves Santo, lanza sobre las cristalinas lontananzas de su cielo a esa rutilante estrella de pureza, como para que el mundo se entere que aún existe una Madre, Madre de Dios y de los hombres, en cuyo corazón, por inmaculado y maternal, por inconmensurable, está el consuelo de los desconsolados, el anhelo de los desalentados y la esperanza de los desesperados.

"Vida, dulzura y esperanza nuestra", dice esa preciosidad de Oración Mariana que es La Salve.

Jamás palabras tan breves, expresaron con más profundidad teológica el sentir de un corazón humano hacia la Madre de los Cielos. Pero es que además, jamás palabras tan breves brotaron del alma de un hijo esperanzado con más lirismo, con más belleza y con más poesía. Tanta que no parece, sino que sólo hubiera podido brotar del alma de un querubín poeta.

Porque tú, dulce Esperanza,  
en la noche eres lucero.  
Y eres en el día sendero,  
y siempre la Flor que alcanza  
toda la Gracia del Cielo.

Y eres tú nuestra alegría,  
y oasis de nuestro dolor.  
Y por ser rosal en flor,  
eres, dulce Madre mía,  
toda la Poesía de Dios.

Y eres, Virgen Santa y Pura,  
de Guadalcanal estrella.

Y eres...

-Como "La Salve" nos muestra-

"Vida, sí, vida y dulzura,  
vida y esperanza nuestra".

## V "VIERNES SANTO" (Madrugada)

Y cuando las estrellas comienzan a parpadear nítidas bajo el siempre transparente azul del cielo de Sierra Morena, y las calles de Guadalcanal son un sereno manantial de perfume a incienso, cirios y azahar, El Santísimo Cristo de la Sangre y nuestra Divina Madre de la Esperanza se aprestan a la recogida. Sus sacrosantos corazones, ya a esas altas horas de la madrugada del Viernes Santo, parecen estar exhaustos de tanta y tanta muestra de Fe y cariño, y de tanta y tanta lágrima, que los devotos hijos de Guadalcanal, enardecidos, han ido derramando a lo largo de todo el recorrido.

Y a esas horas brujas de la noche, que por ser el pórtico precisamente del Viernes Santo, el misterio, la quietud, el misticismo y la plegaria brotan por doquier, Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la Amargura esperan impacientes nuevas muestras de Amor de esos fontanales inagotables, en eso de querer a "sus Cristos y a sus Vírgenes", como son las fervorosas almas de los Guadalcanalenses.

Y si antes, Guadalcanal se dejó llevar de la mano fraterna de "Los Rius", ahora lo hace, como en una familia bien avenida, de la mano, también hermana, de "Los Rivero".

Son las cinco de la madrugada, y el amanecer se adivina allá por entre las copas de los olivos encrestados en La Cruz del Puerto, en tanto que la Plaza de España es un hervidero contenido de nuevos anhelos y fervor, ya que Guadalcanal sabe que el amanecer del Viernes Santo, siendo como son tan bellos y líricos todos sus amaneceres, es especialmente bello. Porque ya no es sólo esa luz virginal de un sol aún nonato, que más que verse se adivina por allá por lontananzas siempre tan encrestadas y montaraces... ni sólo tampoco ese bucólico rocío de la Sierra, tremolando en los pétalos de las florecillas silvestres... ni tampoco sólo el poético y evocador parpadeo del cristalino lucero del alba... ni sólo tampoco la campestre pastoral que forman a una en la más melodiosa de las armonías, el trino de los pajarines, el familiar piar de gorriones encelados en sus encames y el reclamo de cañón, tan galante y bizarro siempre, que brota de entre los olivares o el pastizal... ni sólo el ladrido perdido del perro que guarda celoso la huerta... ni tampoco sólo la acompasada cantinela de las esquilas del rebaño que se encamina en busca del careo... ni sólo tampoco el bíblico canto de los gallos corraleros...

El amanecer del Viernes Santo en Guadalcanal de la Sierra, siendo todo eso tan evocador y sugestivo, no es sólo eso, porque en Guadalcanal, en esa madrugada, amanece como debe amanecer en la Gloria, porque es de ella precisamente de

donde baja a sus calles de madrugada, el que es la Luz y la Gracia de los Cielos, Nuestro Padre Jesús Nazareno, y la que es de los Cielos la Gracia y la Luz, Nuestra Señora de la Amargura.

¡Nuestra Señora de la Amargura...! ¿Y por qué de La Amargura, si como en un fantástico sueño te entreveo, Madre mía, brotar como un purísimo rayo de sol en medio de ese primoroso vergel de tu canastilla, en el que para que aún sea más primoroso, va cristalizado el corazón todo de este pueblo, que más que quererte, tiene delirio por Ti...?

¿Por qué Tú, Madre del Cielo,  
siendo Tú toda dulzura,  
siendo Tú Virgen tan pura,  
siendo la luz de un lucero...  
por qué eres Tú la "Amargura"...?

¿Por qué Tú, Madre del Cielo,  
por qué eres Tú la "Amargura",  
siendo, Madre, la criatura,  
que al brotar en nuestro suelo,  
le dieras tanta hermosura...?

¿Por qué Tú, Madre del Cielo,  
siendo Tú Vida y Dulzura,  
siendo de Dios la ternura,  
y de la Tierra el Consuelo...  
por qué eres Tú la "Amargura"...?

La mística hora del amanecer de la Sierra se acerca, y un "Lirio Amaratado" va a nacer con el alba en las calles de Guadalcanal, cuyo divino perfume va a embriagar las almas de los Guadalcanalenses, que, insomnes, han permanecido en vela a la espera de tan anhelado acontecer, sabiendo además que su impresionante figura con la Cruz a cuesta va a hacer que hasta las estrellas de los cielos enmudezcan conmovidas.

¡Es Jesús de Nazaret! ¡El Nazareno con la Cruz a costas! Aquel que, una fría noche de diciembre, cayera sobre el pesebre del establo de Belén como un immaculado copo de nieve del cáliz de una azucena. El que curó a los leprosos y dio vista a los ciegos. El que predicó el Amor y la Fraternidad entre todos los hombres. El que perdonó a La Magdalena. El que resucitó a Lázaro. El que dijo que "de los pobres era el Reino de los Cielos". El que tanto amó a los niños...

Guadalcanal no ha podido olvidar esto, y por eso sus hijos, unidos como en un prieto ramillete en torno a Jesús Nazareno, parecen porfiar para ayudarle, como El

Cirineo, a llevar el pesado madero de la Cruz, mientras que en sus labios parece mecerse el dulce rumor de una plegaria.

Cuando te veo, buen Jesús,  
con el cuerpo descarnado,  
y en sangre y sudor bañado,  
bajo el peso de la Cruz,  
caminando hacia el Calvario...

Cuando te veo , buen Jesús,  
una y otra vez caído,  
y allá en el suelo tendido,  
bajo el peso de la Cruz,  
como un lirio dolorido...

tremola en mí el alto honor  
de sentirme tu poeta,  
y entre místico y asceta,  
decirte un verso de Amor,  
con perfiles de saeta.

Hoy al verte sobre el suelo,  
a esto del amanecer,  
en Ti vi a un lirio nacer,  
que por caernos del Cielo  
su gracia cayó en Tú ser.

## V

### “VIERNES SANTO” (Mediodía)

La inapelable sentencia a muerte -y muerte en la Cruz- de Cristo, dictada por Pilato en nombre del Emperador de Roma, se está ejecutando, y el Hijo de Dios pende de una Cruz en el monte que llamaban "de la Calavera", en el Gólgota. Cruz que, por cierto luce en su cúspide, como para que la pueda leer todo el mundo, la inscripción que sintetiza la causa por la que este reo ha sido crucificado: "INRI", "Iesus Nazarenus Rex Indeorum", Jesús Nazareno Rey de los Judíos.

Y he aquí que Guadalcanal de la Sierra, lejos de vestirse de negro luto, se engalana de un esplendoroso blanco, con ese tan significativo toque de la roja llamarada de sus capillos, como el que está celebrando el más glorioso de los eventos.

Cristo agoniza en un patíbulo que, por denigrante, estaba reservado para los malhechores de peor calaña, y he aquí que Guadalcanal de la Sierra elige las horas más luminosas de su siempre radiante cielo, para lucir a su Crucificado: El Santísimo Cristo de las Aguas.

La Madre por excelencia, por ser, por excelencia -como ya apuntara- La virgen del Dolor, "Nuestra Amantísima Madre de los Dolores, con su corazón de Madre deshecho en mil pedazos, viendo cómo su Hijo agoniza lentamente y en el más humillante de los patíbulos, y he aquí que Guadalcanal de la Sierra la pasea por sus calles como radiante azucena que floreciera en la plenitud del día.

¿Qué misteriosa paradoja es esta...? ¿No andarán un tanto equivocados Rafalito "El Cojo", "Papa López" y Plácito Cote, que son los que ahora han tomado la antorcha de la inimitable Semana Santa de Guadalcanal...?

¿Equivocados...? ¡No! ¡No puede ser!, ¡Esto en Guadalcanal sería imposible!

¿Entonces...? ¡Ay, el ancestral e innato saber teológico de los hijos de este pueblo en esto de entender a Dios!

¿Cómo no va a pasear Guadalcanal a su Santísimo Cristo de las Aguas, cuando su cielo es un desbordado manantial de luz precisamente, si sabe que, desde que Cristo se elevó en el Gólgota sobre la Cruz, la luz comenzó a reinar sobre la Tierra, en tanto que la Cruz pasó a ser del más humillante de los patíbulos, a la más gloriosa bandera que ondear pudiera sobre la Humanidad...?

¿Cómo no va a pasear la Cruz a esa hora en que la luz se desborda, si anhela que hasta los ciegos puedan leer esa inscripción, que habiendo sido clavada en la Cruz con muy distinta intención, va clamando a los cuatro vientos que el que en ella está crucificado, es El Rey de los Cielos...?

¿Cómo no se va a vestir Guadalcanal de luminoso blanco, si va a asistir a uno de los actos más trascendentales de la Historia de la Humanidad, ya que va a recibir el más sublime regalo, que jamás pudiera soñar el hombre: La mismísima Madre de Dios como Madre Celestial de todos los hombres...?

Por eso es por lo que Guadalcanal se engalana de fiesta en torno a su Santísimo Cristo de las Aguas y a su Amantísima Madre de los Dolores en Viernes Santo, precisamente, cuando el día está en su plenitud y el cielo es un manantial que derrama luz a raudales.

¡Cristo de las Aguas Santo,  
qué santísima actitud  
la tuya sobre la Cruz,  
amándonos tanto y tanto,  
y con tanta excelsitud!

¡Con tus brazos en la Cruz,  
abiertos de par en par,  
como queriendo abrazar,  
Divino Cristo Jesús,  
a todo Guadalcanal!

Y en ese abrazo de Amor,  
en un gesto inenarrable,  
en un día tan memorable,  
darnos por Madre a esa Flor,  
que es, Cristo, tu propia Madre.

Por eso Guadalcanal  
se engalana en Viernes Santo,  
de un inmaculado blanco,  
pues Tú le vas a entregar  
ese Jazmín sacrosanto,

de tu Madre Virginal,  
como su Madre del Cielo,  
que cual radiante lucero,  
para siempre brillará,  
sobre este devoto pueblo.

Tú ya que eres nuestra Madre,  
mi Virgen de los Dolores,  
el nombre hemos de cambiarte,  
diciéndote al invocarte:  
¡Madre de nuestros amores!

## VII

### “VIERNES SANTO” (Al Atardecer)

La solemne conmemoración del divino acontecimiento de La Pasión y Muerte de Dios hecho hombre, se va acercando a su punto culminante: el de La Resurrección.

La estética, la pulcritud, la devoción, la ternura y la delicadeza se han ido dejando sentir en el transcurso de la Semana Santa de Guadalcanal de la Sierra, hasta en los más pequeños detalles, si es que los detalles, que con Cristo-Dios se tienen, pueden ser de alguna manera pequeños. ¡Que las cosas, que por Amor de Dios se hacen, por divinizarse en ese crisol, cuanto menos, son inconmensurables!

Y, al respecto, acude a mi memoria una serie de hijos e hijas de Guadalcanal, que allá, como entre bastidores y en anonimato, se entregan en cuerpo y alma para contribuir a la brillantez y excelsitud de la Semana Santa de su pueblo.

Como nuestro muy estimado Ismael, tremolándole en los labios la plegaria del "Bendito", ante la Santísima Virgen de la Amargura, pidiéndole que le inspire cuando se dispone a convertirla en un lucero que brota al amanecer.

O como nuestro no menos estimado Juan Antonio "El Moringa", retocando y volviendo a retocar, con el anhelo y el cariño de un artista, que esculpe una imagen, a la bellísima Virgen de la Paz, a nuestra Madre Amantísima de los Dolores y a Nuestra Santísima Virgen de la Esperanza, para que con esos retoques, que más que con sus manos, pone con su corazón de devoto hijo, parezcan inmaculadas azucenas del Valle de Guadalcanal, más que Madres Dolorosas del Calvario.

O como esos Guadalcanalenses de pro: Elena Martín ante Nuestra Señora de la Soledad, o la que fuera "esposa" de nuestro buen amigo -ya desaparecido- "Chincoa", ante la Santísima Virgen del Rosario y de la Palma, ambas, con esa delicadísima sensibilidad, que la mujer como mujer atesora en si misma, perfilando las últimas pinceladas de lo que se anhela como perfecto.

Y, al respecto, acude a mi mente también ¿cómo no? esa espectacular nota, plétórica de colorido, de "Los Alabarderos", que más que como representantes del "imperial SPQR: "Senatus Populusque Romanus", desfilan ante Guadalcanal como denuncia viva y pública de quienes fueran los impunes verdugos de Cristo.

Y en todo este mundo de detalles, también acude a mi memoria esa "Banda de Música y Cornetas", que tantos sacrificios y desvelos han costado, anhelando dulcificar el dolor de Cristo-Jesús con sus marchas procesionales.

Y también esos jardineros y jardineras del primor, ideando esos líricos vergeles, que son las "Canastillas" de los Pasos de Guadalcanal.

Y aquel otro...y esta otra...y.... En fin, nos podríamos hacer interminables.

Decía que cuando el Viernes Santo se torna atardecer, ya comienza a vislumbrarse la gloriosa culminación de la Resurrección, que es la que, en definitiva, va a justificar de manera terminante, toda la Fe, el Amor y la Esperanza, que Cristo trajera a la Tierra.

Pero aún a esa hora en que el Viernes Santo empieza a agonizar, todavía guarda Guadalcanal, en lo más íntimo de su corazón, muchas de sus líricas plegarias, y muchísimo de su fervor, como si de una fuente inagotable brotaran, para el Hijo de Dios hecho hombre y para su Santísima Madre.

Y, como en un paréntesis, Guadalcanal de la Sierra se viste de luto, a esto del atardecer del Viernes Santo, para velar a Cristo en el Santo Sepulcro y para estar

más que nunca unido, si es que más unido se puede estar, a la Madre en su Soledad.

He dicho como "en un paréntesis", y creo que he dicho bien, porque Guadalcanal entiende que Cristo, más que muerto, está dormido. Aunque lo más acertado sería decir que sueña.

¿Y en que puede soñar Cristo, estando en Guadalcanal...? ¿Quién lo duda, después de haber recorrido tantas veces sus calles en alas del fervor, la Fe y la oración de sus hijos...? Sí, Cristo en el Santo Sepulcro seguro que debe estar soñando en tanta y tanta muestra de cariño como este pueblo le ha deparado en su dolor, y en tanto y tanto piropo hecho oración, al tiempo que, mientras sueña, debe llegar a su Divino Corazón, el dulcísimo rumor de los hijos de Guadalcanal que, apiñados junto a la Madre, la miman, la requiebran y la idolatran más que nunca, para que lejos de sentirse sola en su Soledad, pueda sentirse en alas de todo el Amor y la ternura de las almas buenas que en el mundo han sido.

Y Guadalcanal para que la Santísima Virgen de la Soledad no se sienta sola en su dolor, además de permanecer junto a Ella para compartir su pena, dispuesto está a hacer lo que haya que hacer.

Muchas cosas podría pregonar al respecto, pero no quiero hacerme cansado. Sin embargo, no me puedo sustraer a la tentación de recordar, aunque sólo sea a vuelapluma, algo que pone totalmente de manifiesto hasta donde puede llegar el cariño de los hijos de este pueblo con su Santísima Madre de La Soledad.

Supongo que todos recordareis con afecto fraterno a aquel entusiasta hermano de esta Cofradía, apellidado Yañez. Pues bien, el entusiasta y devoto Yañez, para que su Virgen de la Soledad no se sintiera tan sola en su dolor, hacía bailar ante su bendita imagen a una inocente y linda chiquilla, llamada Agnola Ortiz. Niña que, ha tiempo, pasara a engrosar las filas de los ángeles del cielo. Y seguro que Nuestra Señora de la Soledad, viendo a este ángel bailar ante ella, no sólo debió olvidar su desolación ante el Hijo muerto, sino que seguro que debió sonreír con tal ternura, que la pena de su Soledad se debió transfigurar en un jazmín, que florece en primavera.

¿Comprendes ahora, Madre bendita de la Soledad, el por qué este Pregonero dijera aquello de que tu nombre de Soledad, estando en Guadalcanal de la Sierra, ¿debería ser un espejismo...?

Y es que Tú Madre de Dios,  
estando en Guadalcanal,  
no se puede ni pensar,  
que estas sola en tu dolor,  
para ser La Soledad.

Ni por dolorida Madre,  
puedes ser la Soledad,  
que todo Guadalcanal,  
a tu lado, inseparable,  
tu pena compartirá.

Ni por sola, Madre mía,  
puedes ser La Soledad,  
que este tu Guadalcanal,  
en tu dulce compañía,  
soñar quiere y quiere estar

aquí y en la Eternidad,  
en la Tierra y en el Cielo,  
y siempre con el anhelo,  
que aunque seas La Soledad,  
no estés sola en nuestro pueblo.

Y es que Tú, Madre de Dios,  
estando en Guadalcanal,  
no se puede ni pensar  
que estés sola en tu dolor,  
para ser La Soledad.

## VIII DESPEDIDA

Quisiera que mis últimas palabras fueran una especie de devota plegaria,  
que quedara como aleteando sobre estas bellísimas Sierras a modo de suspiro  
enardecido.

Nunca jamás he sentido  
más orgullo y más anhelo,  
que cuando fuera elegido,  
para ser "El Pregonero",  
de algo tan santo y querido,  
por este bendito pueblo,  
como es su Semana Santa,  
en la que esperanza tanta,  
tanto cariño y desvelo,  
pone su alma sacrosanta.

Por lo que tan bello pueblo,  
que anida en la Serranía,  
teniendo el alma en el Cielo,  
orgullo es de Andalucía,  
y envidia del mundo entero.

He dicho.

Guadalcanal, 5 de abril de 1992

José F. Títos Alfaro